

VINO QUE ALEGRA EL CORAZÓN BODA: JESÚS INVITADO, JESÚS ANFITRIÓN¹

Juan 2, 1-12

Tres días después hubo una boda en Caná de Galilea, en la que estaba la madre de Jesús. Invitaron también a la boda a Jesús y a sus discípulos.

Se terminó el vino, y la madre de Jesús le dijo:

- "No tienen vino".

Jesús le contestó:

*- "¿A ti y a mí qué, mujer? **Mi hora** todavía no ha llegado".*

Su madre dijo a los sirvientes:

*- "**Haced lo que él os diga**".*

Había allí seis tinajas de piedra de unos cien litros cada una para los ritos de purificación de los judíos. Jesús les dijo:

- "Llenad de agua las tinajas".

Y las llenaron hasta arriba. Añadió:

- "Sacad ahora y llevádselo al maestresala".

Y se lo llevaron. Tan pronto como el maestresala probó el agua convertida en vino (sin saber de dónde era, aunque sí lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al novio y le dijo:

- "Todos sirven primero el vino mejor; y cuando se ha bebido en abundancia, el peor. Tú, en cambio, has guardado el vino mejor hasta ahora".

*Así, en Caná de Galilea, Jesús comenzó sus **signos**, manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.*

Queridos amigos, amigas:

Os recuerdo que la Biblia dice de manera *inspirada* que el vino alegra el corazón del hombre². Diréis que no hacía falta *inspiración* para afirmar tal cosa. Pero es que de lo que se trata sobre todo es de la **alegría**, y que la alegría es buena. Y que Dios quiere la alegría de la gente. Eso nos sugiere la inspiración del Espíritu Santo. Además consta (se sugiere) en la Biblia que el vino fue inventado por un personaje bíblico, un personaje excepcional: **Noé**, conservador de la especie humana y demás especies animales en el trance luctuoso del "tsunami" conocido como Diluvio Universal. Noé fue sin duda un ser lleno de curiosidad, amante de mezclas y experimentos; gracias a ello inventó el **vino**³.

Siglos más tarde (misteriosos los cómputos los de la Biblia), asentada ya la costumbre de alegrar la fiesta y los corazones con el preciado líquido de las

¹ 2º Domingo Tiempo Ordinario – Ciclo C

² Salmo 104, 15

³ Génesis 9, 20

uvas, nos encontramos en una pequeña población hebrea, de nombre **Caná**, a **Jesús** de Nazaret, nuestro Señor. Está invitado a una boda y acompaña, junto con algún discípulo suyo, a su señora madre, **María**. Ella es la principal invitada, en la comida festiva. Comida festiva, o sea, que no pudo tratarse de un simple refresco o merendengue, y el vino era de obligada presencia.

Y ahí está el *quid* del evangelio de hoy. En medio del parloteo y ruidos del instrumental de comida, y las exclamaciones culinarias y otras, se produce un amago de silencio, una situación alarmante. No sabemos la causa, ni queremos pensar mal de algunos o algunas que se han extralimitado, pero el hecho es que el vino se ha terminado antes de tiempo, y en consecuencia la fiesta decae. Nuestra Señora, que está en todo, advierte a Jesús de lo apurado de la situación: *No les queda vino*. Apurada situación para todos, pero en particular para los novios, que tendrán que escuchar alguna que otra broma diferente de las que son habituales en banquetes de bodas...

Dos actitudes

Me permito subrayar la actitud tan diferente de Jesús y María respecto a lo que está ocurriendo. **No implicación** por parte de Jesús, es decir, “Esto (falta el vino) no forma parte de mi vida, y yo no soy parte de la situación, de lo que está ocurriendo”. Es el comienzo de su vida pública, y Jesús se parece a un joven diplomado en Sagrada Teología y “CC Estratosféricas”, repleto de doctrina y de teoría, sin haber entrado de veras en la nueva vida. Tal vez fue anteriormente un experimentado carpintero, que iba de un lugar a otro con su caja de herramientas arreglando puertas y ventanillas, pero su preparación académica para su vocación en la vida pública... Lo que hay en este momento es **distancia**. *¿Qué nos va a ti y a mí?*

Por parte de María hay **implicación**. Ella se siente, tal vez por un parentesco o una estrecha amistad, parte de lo que está ocurriendo, y siente correlativamente como parte de ella misma la situación y la carencia que experimentan los novios: bochorno, falta el vino en mitad del banquete.

Jesús actúa

La Madre del Señor, ella una madraza, ha tomado cartas en el asunto y le pide a Jesús que se implique en la solución del problema. Y se vuelve a los contrariados camareros y su jefe: *Haced lo que él os diga*. Vencida la resistencia, **Jesús actúa**. No inventa el vino como Noé, pero inventa un **milagro**, el milagro de unos cientos litros de vino. Rotundo regalo, y allá responsabilidades acerca de cómo debió abandonar la sala del banquete la gente que probó y aprobó una y otra vez el maravilloso caldo servido sin limitación. Lo esencial es que reinó también sin límite la alegría y el colorido de las caras. En los brindis no debió faltar – nos unimos a ellos en el elogio - el saludo efusivo a los novios, extendido al agradecimiento a todos los

ángeles de la alegría y la diversión en el mundo: humoristas, payasos del circo, contadores de chistes, burlones con bondad, “animadores”, etc.

Corazones alegres, corazones divertidos

Lo divertido que debió resultar la reunión festiva, no nos impide a nosotros, “testigos” remotos de lo acontecido, reflexionar un poco más allá. Lo hace el evangelio, hagámoslo también nosotros.

En primer lugar, no es que todo en la celebración dependa del vino, o que la alegría se tenga que circunscribir a la duración de sus efectos. Ya que hemos citado un salmo para recordar que el vino alegra el corazón del hombre, recordemos ahora el *Salmo 4* que pone tan alto el listón de la alegría; *Tú, Señor, has puesto en mi corazón más alegría que si abundara en trigo y en vino* (4, 8). Aquí en Caná, la alegría brota ante todo del encuentro de familiares y amigos unidos en una misma celebración, prontos a compartir la alegría de los novios. Una amistad que ya ha precedido a la celebración y no se detiene en ella. Su centro es la pareja de novios; ellos, de manera singular, él y ella, paladean la alegría de la fiesta que solemniza el amor compartido y será una alegría mucho más duradera. Porque, amigos, el amor es paciente.

Hay pues aquí una atmósfera de contento que se difunde en la sala. Y una raíz más honda de la que proviene, una cumbre más elevada que la elevación que produce el buen vino... Porque es cosa errada confundir **alegría** con **placer**. Puede resultar incomprensible que la **alegría** permanezca incluso en medio del **sufrimiento**, pero esa es una de sus diferencias con el placer.

Además la alegría triunfa sobre la **diversión**. Cuando uno se divierte, se está evadiendo de la realidad, cosa necesaria a su vez, como en el descanso o la vacación. Pero la alegría se derrama largamente en la realidad. Lo suyo no es la intensidad, sino la duración.

Primer milagro, primer “signo”

Nuestra reflexión da **un paso más** y llega a donde Juan sin duda quiere llevarnos. Juan, el que nos hace el relato de las Bodas de Caná, ha mirado en profundidad lo que acaba de ocurrir. ¿Puedes, podemos, lector, seguirle? La atención que lógicamente estaba centrada en la celebración en torno a los novios, y ha permitido a María, la madre del Señor, captar el desarreglo de la falta de vino, Juan la reorienta ahora **hacia Jesús**. ¿Se dieron cuenta los presentes? Sí los discípulos, de los que dice que crecieron en fe, orientada su mirada hacia Jesús. En todo caso, es privilegio nuestro ser guiados por la mano maestra del evangelista. Juan está pensando en que llegue a nosotros, al lector del evangelio el **significado** de lo que acontece. No se trata de suprimir, ni el vino, ni el jolgorio, ni el baile, ni la atmósfera creada en torno a la celebración. No suprimir, sino trasponer. Este banquete es una **epifanía** de Dios en Jesús y una llamada a la **fe**. Lo que está pasando podríamos verlo

como parábola de la **realidad** que llega con Jesús. Y éste es el punto clave. Es el primer **signo** distintivo de Jesús, signo que, por un lado, responde a la pregunta implícita en las palabras del otro Juan (el Bautista) cuando advierte de la presencia del que viene y permanece en el anonimato: *Hay en medio de vosotros uno a quien no conocéis*. Pero además ese primer “signo” está asociado para siempre a la **alegría**. Dios nos quiere alegres, y quiere llevarnos a la fuente de la que mana perpetua alegría. Así este banquete, coronado por la esplendidez del vino de Cristo, es una **parábola del festín de la eternidad**.

Entonces Jesús se convierte en **protagonista** del banquete, pero sin menoscabo de los novios. Y son los que conocieron a Jesús y decidieron seguirle los que han conocido una alegría superior, capaz incluso de convivir con el sufrimiento. Es la alegría que acompaña a un gran amor. Otra alegría o una sublimación de esa alegría episódica, de la que Jesús participó también de buena gana: la alegría de los amigos de Jesús, los que han conocido la “cena del cordero de Dios” y la profecía del “Vino del Reino”.

El Vino del Reino

Fue en la Cena Pascual, víspera de la pasión de Cristo, cuando se acerca la HORA de Cristo. Después del solemne brindis pascual sonaron unas palabras de Jesús, cargadas de melancolía y una luminosa esperanza: *Os digo que ya no beberé más de este fruto de la vid hasta el día aquel en que beba con vosotros un vino nuevo en el reino de mi Padre. Y, después de cantar el himno de gracias, salieron hacia el monte de los Olivos*⁴. De manera misteriosa habla Jesús de un *beber* diferente. Esa mezcla del cáliz-bautismo-de-muerte con la exuberancia de vida de la resurrección y la luz Pascual... *Si conocieras el don de Dios*, dijo Jesús en cierta ocasión a la mujer Samaritana... Y en la parábola del fin de los tiempos llama a los suyos solemnemente a la alegría escatológica: *Venid, benditos de mi Padre*...

Un poeta romántico ha dicho «El tiempo nace con el aburrimiento». Observad las veces que miráis el reloj cuando estáis aburridos. Y ciertos momentos de felicidad en los que el tiempo parece quedar en suspenso. Es que sólo la eternidad es verdaderamente divertida. Pablo enfatiza ese destino en palabras a los cristianos de Corinto: *Lo que jamás vio ojo alguno, lo que ningún oído oyó, lo que nadie pudo imaginar que Dios tiene preparado para aquellos que lo aman, ... eso es lo que Dios nos ha revelado*⁵.

Bernardo Beny

⁴ Mt 26, 29

⁵ I Cor 2, 9-10

